

tre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo, y estoy ya de vuelta. (Aqui el *curioso parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen-Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con direccion á la casa de postas, de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la prenura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos lugares, los mozos concluían de enganchar el tiro, y los briosos caballos

“probaban sus herraduras
en las guijas del zaguan.”

Las portezuelas de las tres divisiones, Berlina, Interior y Rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los á Dioses, los besos, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral “¿hay mas?” suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos; en frente tenia una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias fueron los objetos de las primeras palabras, pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afec-

tado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos de las personas mas marcadas, eran continuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea, ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No asi la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigía ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pie pulido*, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvía un diccionario de espresiones alti-sonantes, y una floresta entera de anécdotas *autógrafas* de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Londres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teníamos delante una de las primeras personas de la Monarquía.

Nuestras atenciones rodaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacer-

la sentir mas su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y sí al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque ligeramente noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la Rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo en tanto metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y coneciones de los personajes á quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos), y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro que podria muy bien alternar en esta relacion si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi derecha, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de

ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion; seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empecé á dirigirle la palabra; pero éste solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como *tal vez, ya se ve, puede ser*, que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oía con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion *romántica*, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible; la casadita fue la primera que nos lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la Rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó en mezclarse en nues-

tras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimientos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteocho guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una muger diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar en frente del mio; y aunque la otra quiso replicar no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *aportes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento; oh sorpresa! una mano estraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la

advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto habia variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino, el aroma de las flores llegaba hasta nosotros, los puentes y pilares anunciaban la procsimidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el suelo de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí solo me ocupaba del objeto que delante tenia.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos, y nosotros, cual otros Anacharsis, les haciamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. — “Señor don *Preciso Necesér* y su esposa.” — Servidores de us-

ted, dijo el marido.—“Señor don fulano de tal.”—Presente, contesté yo.—“Señor don...”—Aqui está, prorumpió el anciano.—¡Como! ¿es posible? (esclamó conteniéndose el jóven y llamándome à parte.) ¡Desdichado de mí! ¡con quién me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el que ha de proponerme para el empleo...!—Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—“Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes.”—Aqui, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior.—¡Rayo del cielo fue á mis oidos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oido: “Amigo, vea usted otro de los inconvenientes de la diligencia.”

En tan difícil situacion seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía á cortesías con el anciano, que respondia con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante, con lo cual

pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues de medio dia la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; alli dirigí mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardin el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio por quien decia Lupercio:

“La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.”

Entrando en la plazuela de la fuente vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada vária, y solo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recién venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.—“¿Y bien, marqués, qué vida llevais aqui? — Chico, nada,

como ves; una vida muy *circular*. — Pero ¿y los jardines...? — Hermosos, pero yo no he pasado aun de aqui. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros? — ¡Ba...! — ¿Las tertulias? — Aqui no hay tertulias, ya te lo digo, esto *es secarse*. — ¿Por lo menos las giras de campo? — Nada menos que eso; quince dias ha que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos*, pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana. — ¡Pues yo os creía mas dichoso! — ¡Ah, los dichosos sois los que estais en Madrid!”

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaria yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano, que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la marquesa, que al ver entrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta. — ¿Quién es aquel sugeto? le pregunté á un amigo que habia hablado al marido. — Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos. — ¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria sino fuera por sus mugeres! — Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reir juntos. Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señoras mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo lejos á sus respetables

consortes que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetir las: —“¿quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿quién es ese que ha pasado?—¿y por qué Fulana no va con...?—¿han tronado?—¿y N... tiene *plan* con esa que acompaña?”—Y asi de los demas. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia, hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigiamos la palabra, saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la gerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada, y si podiamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don

Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas de ello cuando de alli á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar él mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida y no pude dejar de notar que no traía botas.—¡Ah buena maulla! exclamó alborozado al verme: ¿con que usted es el *curioso parlante*?—¿Quién? ¿yo...? —Vamos, no hay que hacer la desecha, que lo sé de buen original, y ademas soy suscriptor á las *Cartas Españolas*; ¡ay amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viaje, artículo *cómico*! ¿no es verdad? (y la risa interrumpía sus exclamaciones). ¿A que sale alli á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personage incógnito, y usted tambien ¿no es asi? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿y mi muger? ¿qué dirá usted de mi muger y de mí? ¿Soy yo tambien persona *que hace*?—No, amigo mio, interrumpí yo con cierta sonrisa, usted es la *que padece*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atencion, levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrióla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto á la ventana, escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbacion, pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa...

Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan excelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al recién llegado; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de gentes que debían conocerse y apreciarse. La conversacion se animó, el Adonis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetía ecsactamente todos los días, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de venirme. Subí de nuevo en la diligencia, y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque será repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.



El Prado.



« Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡ Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
Que te los causen á tí. »

Comedia antigua.

« Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimiento y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á

la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir al camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus reguerros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Lllaman á estas alamedas *el Prado de San Hierónimo*, donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreacion la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aqui se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte."

Hé aqui una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que como varias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantára la cabeza y fuérale permitido dar ahora un pasco desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? Diria ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era

blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demas circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo mas ó menos bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas las de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya escelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del encantado Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

“Los prados en que pasean

Son y serán celebrados ;
Bien haceis en hacer prados,
pues hay bien para que sean, ”

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto, y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfia con las descripciones mas interesantes y románticas. Asi que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venian á este sitio al acecho de cuál ó cuál galan perdedizo, ó bien que se le encontraban sin buscarle! ¡quién no cree ver á estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de

venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediatez á la corte del Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus singulares atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán ó galanes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figuremos verle una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las del paseo de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *Salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Mira-

rémosla henchida de carruages de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de los monarcas y príncipes, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises extranjeros; v. gr., detras de un elegante *tilbury*, que Londres ó Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas bajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdi-negro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar *carroza* en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *Simon*, verdadero anacronismo ambulante; síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al

señor mayor que va adentro: no lejos de él pasa el modesto bombé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y estraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado á la calesera, ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces que compromete la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza todos se sujetan al carril, trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaría parte del salon principal, solo interrumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruages van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarían muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruages levantan, todo lo mas notable del paseo se *extracta* aqui, no sin graves apreturas, en contrones, distracciones, empujones y contorsiones; cierran con los bancos este recinto multitud

de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un período ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilas delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos escesivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal, ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado, está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por su puesto para que no se destruya tan débil máqui-

na con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mimicamente representada: mira á los elegantes rigoristas afectando en su trage, en sus modales y en su habla las costumbres estrangeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras. Todas estas y más mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landaw, corren precipitadamente á situarse en parage conveniente mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *francés* el diálogo siguiente:

“*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme. — Cela t'étonne...? Un chevalier du quinzième siècle. — Epoux d'une élégante du dix neuvième. — ¿Que veux tu, mon cher, ces vieux maris dissent que le coeur ne*

vieillit pas.—Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica.) — Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.— Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaient des sottés gens! — Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle... Elle ne te regarde pas, mon cher...! — Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit... oui, mon cher, elle rit.— Bravo, mon cher, bravo; c'est bon signe."

A este punto pasó un quidan del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:—"Amigo, no puede usted figurarse lo que me voy divirtiéndome con estos tontos de estrangeros que vienen detras. (*¡ Daible!* dijo uno de los dos. *Tais toi*, replicó el otro.) Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi muger; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.— Pero, hable usted bajo, que lo van á comprender. — ¡ Qué han de comprender! Sino saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos. (La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido como temiendo que ellos lo entendiesen.) No tengas mie-

do. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atrevería á apostarlo, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter francés.—¡Cómo es posible que lo sean! No ve usted que no entienden lo que digo.—Cierto que eso me hace dudar.” —Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.

Cerca ya de anoecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo los dos elegantes ambigüos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de apie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mu-

tuamente se dieron no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*. — “Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear á este lado.—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído mas cuenta...—Sí, pero tú debes decir las que hasta el anochecer no nos esperen.—Cierito que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.”

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando boníticamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. — “¡Ah, Fulanita, Zutanita, son ustedes!”—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto &c., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arsenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

Las Casas por Dentro.



Carta de un curioso provincial al curioso madrileño.

“Señor curioso, muy señor mio: desde que hallándome en esa capital empezó usted á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaría en mi imaginacion (con el auxilio de usted) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho usted, cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi muger, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Asi es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces quando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la corte, siempre le remito al

momento en que á usted se le ponga en las mientes hablar de él.

» Pero es el caso, señor parlante, que como quiera que es mas facil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que usted me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar magestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto cuanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

» Mas la ecsigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que usted nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á usted muchos años de observacion, y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo sin embargo alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos. Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados: ¿Por qué ese señor curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las casas? ¿Pues qué, nada hay que decir de ellas en Madrid? — Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. — Mas si bien es cierto que la

hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podría tener razón, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

» Fue tanta la fuerza que me hizo esta consideración, que me determiné á escribirle á usted, y para más empeñarle en mi objeto, y sin que sea visto querer introducirme en su terreno, me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripción de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que puedan aplicarse cómodamente á las demás.

» Pero antes de dar principio á mi bosquejo será bien enterar á usted de que mi marcha á Madrid fue convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sugeto de consideración en la corte, el cual escigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posición social de mi amigo, y sus más que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serían molestas, y acepté el convite.

» Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa puerta del Sol, y delante de un luenguísimo caserón. La multitud de sus balcones y ventanas, la elegancia de su

pintura, aun reciente, y las demas circunstancias que constituían su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

» Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte; por manera que para ganar la escala era forzoso atravesar entre ambos escollos: es verdad que en logrando pillar esta, ya podia uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo ecsámen, y era que si por casualidad se oían resonar en la parte mas alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia mas remedio que volver á bajarse, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistía en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color, unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á escepcion empero

de algunos mas claros que los de Venecia, por donde se transmitía no solo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien á una numerosa cohorte de vichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

» Delante de la meseta principal un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, ó una cadena tosca de hierro para llamar. Esceptúanse sin embargo algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar solian abrir al menor ruido de botas.

» Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á usted que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando á encontrar la mas mínima analogía entre las circunstancias del sugeto y las de la habitacion; pero poco á poco me fui convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas, y que tal podria á mí parecerme estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

» Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran

salon, que consistía en un *cuadri* no mas *longo* que de unos treinta pies por veinte de ancho. Compartían la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores: un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en las paredes, una modesta lámpara pendiente del techo y un velador colocado debajo concluían el adorno del *salon* principal: el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, á saber: el indispensable brasero, y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenía mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Éstas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

“Tambien tenemos aqui nuestro jardin” (me dijo asomándome á un estrecho patio, donde campaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas lle-

nas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor*; verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño*; despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso.— ¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo. — Ya le hemos dejado adelante en aquella pieza, donde tengo mi *biblioteca*. — ¿Tambien esa? — Tambien esa.— En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de diarios de avisos, una guia de forasteros, un calendario, un tomo 4.^o del Quijote y una novela sentimental que el maestro de baile habia prestado á la señorita.— Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea, y tan clara como las soledades de Góngora: no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid; de alli se pasaba á una *dispensa* lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó dos arrobas de vino.

» Tal, amio mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue usted ahora de las demas. Pues siendo cual era tenia dos tiendas, y en ellas

vivían un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormía en un chirivital de la escalera, un maestro de esgrima en el entresuelo, un empleado y un comerciante en los principales, un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y un barbero ocupaban las boardillas, y hasta en un desvancillo que caía sobre éstas había encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado, y así es que á los cuatros meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á usted que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos, pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado, el oído perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, y solo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que quería á las antropó-

fagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fermentadas alcobas durante la hora de la siesta.

» Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitación en Madrid: ignoro si las demas (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso, no puedo menos de compadecer á ustedes, porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una boardilla. De todos modos espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en = *El provinciano.*»

Y *el parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.



1802 y 1832.



*Ætas parentum, peior avis, tulit
nos nequiores, mox daturos
progeniem vitiosorem.*

Hor. od.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedían la entrada de mi mansion al aire abrasador que destruye las fuerzas y á la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacían entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruage ni de pascantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la espresion de cierto viajero, "solo se encontraba á tales horas algun francés ó algun perro." Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un extranjero nos hi-

ciese una bella disertacion pretendiendo demostrar- nos los incalculables perjuicios que esta *segunda noche* nos proporciona: ¡con qué ecsactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora que mas calor hay y menos apetito; de aqui sacará la consecuencia de que sin esta costumbre la siesta no nos sería necesaria; despues pasará á demostrar- nos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño despues de la comida por la acumulacion del calor en la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la digestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto... Nosotros sin embargo, bien sea porque la accion del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharemos sin responderle una palabra á *dormir la siesta*. ¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer dónde todos duermen? Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sugeto á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones, que reparte su beleño cuando le place, y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba á

aquella sazon á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento á la acalorada imaginacion, resolví en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él. Entonces fue cuando hice las reflexioncillas arriba dichas, y estando haciéndolas sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... no sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y á tales horas interrumpía mi amostazado soliloquio para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente, y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid, y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias, era tenido por el *hombre á la moda*.

—Desengáñese usted, me decia, el transcur-